



INAUGURACION DEL P. C. F., EN NANTERRE.

Congreso del P. C. francés

GARODEO GARODEI

Esta pequeña ironía local de comparar a Roger Garaudy con Galileo es una devolución de visita. Es una manera de señalar que la fe intransigente y conservadora ha pasado a la extrema izquierda: al partido comunista francés, que excluye de todos sus puestos directivos al fi-

lósofo en quien se cree ver una modernidad de pensamiento. Ni Checoslovaquia ni Garaudy prevalecen: no hay evolucionismo. Garaudy había propuesto el «nuevo bloque histórico», que suponía una especie de alianza entre la clase obrera y los estudiantes, los intelectuales rebeldes. Se le ha respondido, por boca de Marchais —en nombre del secretario general, Waldeck Rochet, enfermo y ausente—, que sería «romper el movimiento obrero, ir a la aventura sangrienta, desprestigiarse en el país». Se le ha dicho que sus puntos de vista en política interna-

cional son oportunistas y conducen a la liquidación: son antisoviéticos. Garaudy ha respondido que el antisovietismo estaba en los hechos y no en las palabras. Que el hecho de que la URSS enviase carbón a España para romper la huelga de mineros en Asturias y fabricase centrales eléctricas para los coroneles de Grecia eran de por sí antisovietismo y ruptura del internacionalismo proletario. Los congresistas acogieron estas palabras con gritos de hostilidad y, al final, decidieron su exclusión. Hubo unanimidad. No hay, por ahora, «garodismo». No hay visiblemente seguidores de esta línea, acusada al mismo tiempo de izquierdizante —la unidad con los estudiantes rebeldes, cierto «chinismo», el ataque a la URSS— y como de derechas —la apertura del pensamiento socialista hacia la democratización, la defensa de Checoslovaquia—. El tema de Garaudy no ha sido más que un episodio en el Congreso, un XIX Congreso convocado especialmente contra «la lucha contra el poder de los monopolios». Con este lema, el primer objetivo de ataque debía ser el Mercado Común, como organización suprema del capitalismo monopolista: ha sido definido como «una empresa de liquidación de las bases económicas y técnicas de la independencia nacional». Esta posición parece ser un poco más rígida que las reservas anteriores del partido comunista francés ante el Mercado Común, y una de sus resultantes será modificar más la supuesta unidad de la izquierda, y especialmente con el partido socialista, que es partidario del europeísmo y del Mercado Común, aunque en las tesis

del Congreso se haya continuado preconizando «la unión de las fuerzas obreras democráticas y socialistas» y la conquista del poder por una unión entre «el PCF y los partidos democráticos sinceramente ligados a la construcción del socialismo», ofreciendo una «garantía de los derechos de la minoría en el marco de la legalidad democrá-



GARAUDY: SE DECIDIÓ SU EXCLUSIÓN DE LOS PUESTOS DIRECTIVOS POR UNANIMIDAD

ticamente establecida». Si Garaudy había preconizado un cambio de métodos dentro del movimiento comunista, la tesis oficial señala que ese cambio de métodos se hace naturalmente en cuanto el movimiento socialista mundial está tomando «una nueva iniciativa» gracias a que los países socialistas están entrando directamente en la etapa de la «sociedad socialista desarrollada».

USA

ANSIEDAD EN WALL STREET

La cotización de Wall Street, que había bajado en un 15 por ciento en 1969, continúa bajando desde principios de 1970. La ansiedad ha aumentado últimamente con motivo de la publicación de los resultados financieros de la I.B.M., primera firma mundial de computadoras, cuyas «performances» industriales y beneficios habían sido siempre excelentes desde 1960. Ahora bien, la I.B.M. anuncia un aumento de los beneficios de 1969 de tan sólo el 7 por ciento respecto a los de 1968. En los ejercicios anteriores los aumentos habían alcanzado el 34 y el 24 por ciento.

Por vez primera desde hace diez años, las ventas y los beneficios en Estados Unidos, donde la I.B.M. realiza el 75 por ciento de su cifra de negocios, han retrocedido. El dinamismo de la actividad en el extranjero, principalmente en Europa, ha compensado las pérdidas del mercado nacional. El día en que la I.B.M. hizo público su poco alentador balance, fueron precisas dos horas para cotizar el título en Wall Street a pesar de que las órdenes de ventas eran abundantes. A continuación, la I.B.M. se consolidó en trescientos cincuenta dólares

después de haber cotizado, en 1969, un máximo de trescientos ochenta dólares. Los brokers (agentes de cambio) estaban pesimistas.

Este pesimismo se debe no sólo a la lentitud de los negocios, sino a las disputas de los expertos en Nueva York. Efectivamente, por vez primera desde hace muchos años, los consejeros de la Casa Blanca son incapaces de ofrecer un diagnóstico seguro de las perspectivas económicas y financieras de los Estados Unidos. Los especialistas más famosos dan previsiones contradictorias.

El profesor Milton Friedman, de la universidad de Chicago, que formaba parte del brain trust de Nixon durante la campaña electoral, declara: «Nos encaminamos hacia una recesión tan fuerte por lo menos como la de mil novecientos sesenta y seis y uno. Hay un noventa por ciento de probabilidades de que se produzca e incluso un cuarenta por ciento de que sea más grave, del tipo de la del cincuenta y siete-cincuenta y ocho, durante la cual la tasa de paro afectó al ocho por ciento de la mano de obra activa». Este punto de vista es compartido con matices por Leif Olson,

de la First National City Bank, y por el que fue secretario adjunto del Tesoro, Robert Roosa, y, en general, por casi todos los banqueros neoyorquinos.

Por el contrario, el principal consejero económico del presidente Nixon, el doctor Mac Cracken, no pronostica recesión, sino tan sólo una pausa en la expansión. Walter Okun, su predecesor en la Casa Blanca, mantiene el mismo criterio.

De hecho, el que deberá zanjar el debate y tomar las medidas oportunas es el doctor Arthur Burns, antiguo consejero económico y financiero del presidente Eisenhower. Se hizo cargo de su puesto (director del Federal Reserve Board, equivalente a nuestro Banco de España) el 1 de febrero. El doctor Burns es un partidario declarado de la estabilización del dólar y de la lucha contra la inflación. Hay pocas posibilidades de que insufla el oxígeno que reclaman los medios financieros, es decir, la supresión de las restricciones de crédito y el aumento de los gastos presupuestarios.

Los indicios que pueden deducirse de la actual coyuntura son totalmente contradictorios. Por un lado, continúa la inflación con un alza de precios muy fuerte y tasas de intereses sin precedentes en el mercado financiero; las grandes sociedades prosiguen sus

programas intensivos de inversión y ciertas ramas industriales siguen su plena expansión.

Por otra parte, la renta nacional y los beneficios de las firmas privadas llegan al tope. El automóvil se vende mal; el «stock» de vehículos sin vender es superior en un 10 por ciento al del año anterior por la misma época. En el campo de las inmobiliarias, las restricciones de créditos provocan una crisis muy grave. En el del armamento e industria aeroespacial, los cortes presupuestarios desinflan las órdenes de pedidos.

A pesar de las multiplicaciones de los servicios de estudios, en la administración, universidad y banca, nadie es capaz de decir hoy cuál será el futuro de la economía americana en un plazo de seis meses.

El problema planteado por esta incertidumbre es tanto más grave por cuanto no afecta solamente a los doscientos millones de americanos. La masa que representa la economía americana en la economía mundial es tal que, tarde o temprano, las dificultades con que tropieza en su desarrollo corren el peligro de extenderse a las otras naciones occidentales. El programa francés de Valéry Giscard d'Estaing del otoño pasado se funda, por ejemplo, en el desafío de una prosecución de la expansión americana hasta el verano próximo. Si este cálculo fuera inexacto, habría que re-

Crónicas de la Era Lunar

Por PABLO DE LA HIGUERA

LA REVOLUCIÓN SEXUAL

¡Al fin ha llegado a París la revolución sexual! ¡Qué bien! ¡Y uno que tenía la impresión de que esta ciudad, literatura aparte, era cada día más asexual! Pero no, ya está aquí... Viene de Copenhague, de Estocolmo, de Londres, de Nueva York, de Hamburgo, de San Francisco, de las noches frutales de las aldeas gallegas... ¡Ya llegó a París, hombre! No hay más que abrir los periódicos y las revistas para enterarse. Cuando se gastan tantos litros de tinta en anunciarlo debe ser cierto. ¡Albricias y sexualizaciones! ¡Viva!

Me lancé a la calle, gozoso y primaveral, tempranito y coleando, a cuerpo descubierto. Si de verdad es una revolución, la cosa tiene que empezar ya por la mañana, me dije. Veamos... A primera vista no noto nada de particular. Una inmensa hilera de coches: el embotellamiento de las ocho y media. Cláxones y unos cuantos insultos. Me acerco a un taxista:

—Oiga, ¿la revolución sexual?... —empiezo.

—No; yo no vendo fotos —dijo. —No se trata de fotos —expliqué. —Me refiero a la revolución sexual...

Guño de ojo del taxista. —Ah, ¿quiere una dirección especial?... Suba, le llevaré a un sexy-club americano ultrasecreto... Es un poco caro, pero ya verá...

Me alejo calle abajo un poco confuso. "Debe ser que es muy temprano —pensé—. El tomate debe empezar a eso de mediodía". En efecto, a eso de las doce y media un soberbio automóvil blanco se para a mi altura. Al volante, una encantadora criatura me hace señas de que suba.

—¡Vaya, hombre, por fin! —exclamo alborozado. Y, abriendo la portezuela, me precipité al interior.

—Son quinientos francos —dijo. —¡Ah! Pero... la revolución sexual... —balbuceé.

—¿Qué revolución sexual ni qué niño muerto? —bramó, y de un empujón me puso en la acera. El coche partió raudo y dio otro frenazo un poco más lejos.

Decididamente, es muy temprano. Lo mejor es esperar a que abran los teatros e ir a ver "Hair". Voy a ver "Hair". Cincuenta francos la entrada, a tocateja. Más bien carita la revolución... Pero aquí sí que no puede fallar. Cuando el Ejército de Salvación ha armado la que ha armado por algo será. Bien. Veo "Hair". Musical clasi-

cota, bien construida, profesionalísima, el "West Side Story" "hippy", exquisitamente púdica y apta para ursulinas... ¿Qué mosca le ha picado al Ejército de Salvación?

Pigalle. Medianoche. Una trabajadora del "strip-tease" pasa con la maleta breve de un cabaret a otro, de un número a otro, de un explotador a otro (o tal vez sea el mismo explotador, quién sabe). Un autocar descarga un puñado de sensatas familias de provincias, que entran ordenadamente en una "boite" a ver a la chica de la maleta breve. Pues no, tampoco es aquí...

¡El Barrio Latino! ¡Claro! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Ahí tiene que estar el cotarro. Paseo por el Boul' Mich. Nada nuevo en los cafés. El charloteo habitual sobre la última película de Pasolini. Pasolini ha reemplazado a Buñuel en la mitología cinefílica del intelectual parisiense. En un rincón del Lutèce, desvencijado en una silla, pálido, demacrado, febril, un muchacho con barba. Me acerco.

—Salud, camarada —y me siento frente a él.

—Salud —musitó con voz débil.

—¿Qué? ¿La revolución sexual? —aventuro, aludiendo a su precario estado físico.

—Sí —repuso—. Es algo tremendamente agotador. Acabo de salir de una reunión de trabajo de cinco horas. ¿Te das cuenta? ¡Cinco horas discutiendo sin parar! Ocho informes y quince ponencias. ¿Comprendes? Se trata, por un lado, de evitar que la revolución sexual sea "recuperada" por la burguesía, como la otra. Por otro lado, que no se convierta en la revolución comercial, porque es que hay mucho vivo por ahí que se está forrando con esto. Y, por otro, se trata de sincronizar la revolución sexual con el marxismo, el psicoanálisis, el movimiento de Mayo e incluso con el gandhismo swamista revolucionario hindú.

—No parece fácil —dije un poco abrumado.

—No lo es —admitió—. Y si a ello se añaden las reuniones de información y la organización de la resistencia frente a los comandos del Ejército de Salvación, ya me dirás. Te absorbe todo tu tiempo y acabas completamente extenuado. Ya ves, antes tenía una chica estupenda con la que lo pasaba bomba, y ahora, desde que estamos en plena revolución sexual, hace dos meses que no le toco a una muchacha...

visar todos los datos del plan de consolidación del franco.

La ansiedad que reina en Wall Street es compartida, a distintos niveles, por ciertos observadores europeos sobre el porvenir que, después de la lucha victoriosa que el gobierno de Washington ha conseguido en el campo monetario, el sistema de pagos internacional se ha colocado ahora, de facto, bajo el régimen del patrón-dólar. Europa está, pues, financiera-

mente ligada a los Estados Unidos, cor todos los inconvenientes que esto puede tener cuando las cosas van mal al otro lado del Atlántico.

Dicho esto, no hay por qué dramatizar. Se habla previsto que la economía americana cayera en una depresión como la del 29, y esto no se ha producido. Es posible que los pronósticos pesimistas que hoy contemplamos tampoco se cumplan. ■ JACQUES MORNAD.

DERECHA E IZQUIERDA

La serie «Treinta años de teatro de la derecha» ha vuelto a colocarme ante la vieja terminología. Una terminología que se ha considerado en todo el mundo, sobre distintos supuestos, mil veces superada y que, sin embargo, sigue siendo útil para entendernos. Más aún: quizá la imprecisión de los dos vocablos, el general desprestigio político de que gozan, les ha permitido escapar a las manipulaciones de que han sido objeto otras palabras, en principio mucho más precisas, como, por ejemplo, las de república o socialismo. Derecha e izquierda aluden hoy, mucho antes que a unos partidos políticos determinados, a dos conceptos del mundo, a una visión conservadora o a otra dinámica de la realidad social, a la aceptación de las oligarquías establecidas —generalmente arropadas por una serie de ideales, cuidadosamente cultivados y puestos fuera de discusión— o la búsqueda de un mundo más libre y más justo, a través de una permanente investigación del hombre.

Es interesante, me parece, no perder de vista este sentido cultural antes que específicamente político de las palabras derecha e izquierda. Sartre o Russell han sido, durante muchos años, los arquetipos de la izquierda, pese a lo cual, sus relaciones con los partidos que declaran asumir la dirección política de esa izquierda han sido variables y, en muchas ocasiones, tormentosas. Cuando Jean-Paul Sartre pedía la «desmilitarización» de la cultura, el diálogo abierto como vía revolucionaria, es evidente que representaba la izquierda frente a la actitud de la censura de la URSS y

de muchos países socialistas. Cuando el general Perón, allá por los años cuarenta, prometía el reparto de las grandes fincas entre los campesinos argentinos y se negaba a doblegarse ante la Iglesia y los Estados Unidos, es obvio que se alzaba a la izquierda de la minoría políticamente inoperante y perdida en el culto a la doctrina revolucionaria, según han dado reciente testimonio una serie de escritores e intelectuales ex antiperonistas.

No importa demasiado, a los efectos de este ligero comentario, lo que algunos grandes teóricos de la revolución hayan dicho en otro tiempo acerca del infantilismo del concepto de izquierda. Justamente, desde los argumentos socioculturales que la palabra movilizan pueden ponerse, por lo menos en cuestión, las actividades de muchos grupos «históricamente» revolucionarios. Quizá porque —y esta intuición sería el objeto último de mi comentario—, a fin de cuentas, derecha e izquierda serían en el inmenso caos semántico, en la confusión permanente de la terminología política, una especie de síntesis para definir en la práctica el signo de una actuación o de una línea política. El que sean derechistas —y vuelvo a pensar en las censuras— las decisiones de ciertos partidos «de izquierda» es el síntoma más claro de una crisis, cuyas últimas palabras clave podrían ser Mayo del 68 y Checoslovaquia.

Quizá esto nos llevaría a la cuestión que apuntaba Sartre en un congreso de la Comunidad de Escritores Europeos dedicado al estudio de la «vanguardia»: «La cultura occidental —venía a decir el pensador francés— no puede proponer

EL "YO" DE CONSUMO

Ciudadano con notable tendencia a lo que él llama «extremismo», pero que no es más que exageración, el español ha entrado en la civilización de consumo con tal frenesí que está llegando a consumirse a sí mismo. Se sabe que en las civilizaciones de consumo se produce una fetichismo por el objeto nuevo y preferentemente fugaz. Una pequeña locura hace que el objeto vigente, válido, en excelente madurez para su servicio, pierda de pronto todo interés y deba ser sustituido por otro nuevo. País de donjuanes reprimidos, el donjuanismo del objeto —no sólo permisible, sino fomenta-

